



El Eco de Cartagena

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9213

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7 1/2 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 1/2 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. I. rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS UNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE CLOZAGA, n.º 1 (Paseo de Recoletos.)

GARANTIAS

Capital social efectivo... Pesetas 12.000.000
Primas y reservas..... 40.697.980

Total..... 52.697.980

29 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIO

SEGUROS SOBRE LA VIDA

Esta gran Compañía nacional contrata seguros contra los riesgos de incendios.

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, especialmente las de Vida entera Dotal, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, haciendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 18.401.675,53.

Dirigirse á los Subdirectores Sres. Viuda de Soro y C.ª. Plaza de los Caballos, 15, bajo.

LEGÍA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGÍAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGANADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGÍA JABONOSA DE MIRABET:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Rutz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Castellón 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andreu, San Francisco esquina Pallas; D. Ginés García Cañabata, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Olivo, Glorieta de San Francisco; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagan, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego Garcia, Sarreta 5; don Victor Martínez, plaza de Sevillanos; Don Diego Garcia, Sarreta; Don Manuel Foyedo Martínez, Morería baja; Don Anastasio López, plaza de la Merced, esquina á la calle del Duque; Don Cecilio Cutillas, Sarreta; Don Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Solano, enfrente de la Caridad; D. José María Ramón, plaza Roldán; D. Manuel Hernández, D. Matías 24; D. Pedro Sarabia, Carmen 34; D. Manuel Martínez, plaza del Rey 3; D. José Gómez é hijos, Puerta de Murcia; D. Juan Cecilia, Angel 40; D. Ginés Sánchez, Jara 26; D. Tomás García, Caridad 4; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; D. Anastasio López, calle de la Palma, Doña Josefa Luci, Caridad, 9, panadería.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, calle de Martín Delgado, 9, pral, Cartagena.

SÁBADO 16 DE JULIO DE 1892.

MOSAICOS.

Más de mil dibujos diferentes en las tres clases que hoy se fabrican, en madera, barro cocido y cemento hidráulico.

Precios directos de las respectivas fábricas.

Museo Comercial.—Puerta de Murcia 38-40 y 42. Pasaje Conesa.

EGOS DE MADRID

14 Julio 1892.

La agradable y fresca temperatura de la costa del Cantábrico, se ha venido estos días á Madrid á buscar á los diputados y senadores, ya que ellos no han ido como de costumbre á recibir sus caricias en premio de los desvelos que les cuesta la felicidad de la patria.

Después de una semana de calor sofocante, 42 y hasta 44 grados á la sombra, el termómetro ha bajado á 26 y 17, lo que ha producido agradables sorpresas é inoportunos resfriados.

Las noticias que comunican de París, alarman á los aprensivos y pusilánimes; pero ya es cosa sabida que se puede luchar contra las epidemias, limitar su esfera de acción, y vencerlas. En la vecina República, donde se ha presentado el cólera, virgula, nostras, ó como quieran llamarle, se está haciendo una activa campaña para reducir su campo de batalla y extinguirle. Si en todas partes esgrimimos las armas de la Higiene, no solo contra el cólera, sino contra todas las enfermedades

de infecciosas, que aunque no arman tanto ruido causan mayores extragos aun que el terrorífico huésped del Ganges, nos libraremos de su presencia, ó por lo menos de su insaciable ferocidad.

Más difícil es contrarrestar la de algunos hombres, que cuando menos se piensa resultan fieras. Sin ir á buscar á los Ravachol, que los periódicos de todos los países, nos presentan sin apercibirse de ello como un personaje de novela, sembrando una semilla que producirá por desgracia abundantes frutos, en Madrid mismo hemos tenido esta semana tres ejemplos de la brutalidad humana.

Dos amigos se pasan la noche en una taberna jugando á las cartas. Al final rifieron, salen á la calle, y el uno mata al otro. Dos, menos amigos, y hasta compañeros de vivienda, entretienen los ocios de la noche jugando también á los naipes; á cosa de la una de la madrugada quiere retirarse á casa uno de los dos, pide á su camarada la llave, éste le da algunas bromas, de la broma pasan á la riña, salen las navajas á relucir... y otro muerto.

Esto, en medio de todo, es lo vulgar, casi puede decirse lo diario. Pero lo extraordinario ha sido la actitud del camarero á mozo del Jardín de Madrid, que desconoce en su amo el derecho de despedirle.

En efecto, por razones ó sin ellas, que no creo que haya ley alguna que prohíba á un principal tomar ó

despedir á un dependiente, el dueño del citado jardín manifestó á su criado, que se veía obligado á prescindir de sus servicios.

—Digame V., por qué me echa de su casa.

—Porque me conviene.

—Esa no es razón, y me queda.

El amo insistió, y para evitar cuestiones, se alejó, esperando que el mozo se marcharía.

Nada de eso, continuó en su puesto en actitud amenazadora y asegurando que no se atreverían á despedirle.

La madre del dueño repitió la orden, y parece ser que el doméstico no sólo contestó groseramente á sus indicaciones, sino que la dio una bofetada.

El hijo salió, como era natural, á la defensa de su madre, entonces el camarero sacó un revólver y disparó contra su principal.

Un guardia de orden público que milagrosamente acudió á donde había falta, se apoderó del energúmeno y trató de desarmarle, pero éste pudo disparar otra vez y este disparo causó la muerte del padre del dueño del jardín, un anciano que al oír las voces acudió á ver qué era.

El mozo confesó, alegando que se había acalorado; pero de todos modos, sentó un terrible precedente.

Casi al mismo tiempo, según refieren los periódicos de París, un obrero sin trabajo fue á buscar al dueño de una fábrica para que le admitiese á sus servicios. El fabricante le expresó con los mejores modos que le era imposible complacerle. Oír esto, sacar un puñal y lanzarse sobre él, fue obra de un instante; pero se interpuso un dependiente y libró á su amo de la puñalada, recibiendo el infeliz y quedando en un estado deplorable.

Estas dos tentativas para plantear el derecho al trabajo exigen que los amos se pongan en guardia para defender el legítimo derecho que desde tiempo inmemorial tiene toda persona para hacer de su capa un sayo.

De lo que según parece, no tenemos derecho los habitantes de Madrid, es á que respeten nuestra cabeza los muchachos que á todas horas, y hasta en las calles principales juegan á la pelota.

La afición, excitada por los frontones, ha llegado al período álgido. En el Prado, en el Parque, en las plazas, en las calles, no se dan cuatro pasos sin hallar chicos provistos de cestas enviando la pelota, recibiendo y dando pelotazos á los transeúntes y á los cristales de los balcones.

No sé oyen más que las palabras técnicas del juego.—Mal saque! Tú eres zaguerol! Falta! Ha sido de rebote! Veinte por quince! etc., etc. No creo que haya apuestas ni momios en estos juegos infantiles; pero si no las hay las habrá.

Los guardias de orden público y los municipales, presencian con tranquilidad y hasta con interés estos juegos y lo único que desea el indefenso vecindario, es que la autoridad reciba un pelotazo para que se resuelva á atar corto á los pelotaris callejeros.

JULIO NOMBELA.

COLABORACION INÉDITA

AVENTURAS DE UN MIOPE

TEXTO DE TABOADA.—DIBUJOS DE MECACHIS.—FOTOGRAFADOS DE LAPORTA.



Aquella mañana Camilo se lavó el rostro, porque tenía que visitar á los señores de Pafioleta, antiguos amigos de su familia.

El, cuando chiquitín, había tenido una erupción morada por todo el cuerpo; á causa de la erupción se le arrugaron los párpados y poco á poco fue perdiendo vista, hasta el punto de que se sacaba el pecho el ama y como si no.

El pobrecillo, en vez de mamar en el sitio oportuno, mamaba en los

botones de la chambre, y llegó á quedarse tan flaco, que parecía una fusta.

Pero á fuerza de patata cocida pudo salir adelante, y hoy está en Madrid, dispuesto á seguir la carrera de perito agrónomo.

—No dejes de visitar á Pafioleta—le había dicho su papá al darle el abrazo de despedida.

Y él, cumpliendo las órdenes paternales, sacó del baúl la ropa de los días solemnes y se la puso; pero no vio que el chaquet había sido vuelto del revés por la mano cariñosa de su mamá al hacer el baúl, y Camilo salió á la calle con las mangas amarillas, rayadas de verde.

—¡Una máscara, una máscara!—gritaban los granujas del barrio, y uno le arrojaba peladillas, otro le hacía muecas, otro le tiraba de los faldones, y todos silbaban con estrépito, siguiéndole hasta el portal de los señores de Pafioleta.

—¡Qué mal educados están los chicos de Madrid!—decía Camilo al subir las escaleras.—¿Qué tendrán ellos que decir de mi traje? Pues ya se ve claramente que está hecho por el mejor sastre de Covarrubias.

Al llegar al cuarto tercero se puso á buscar el cordón de la campanilla, pero no pudo dar con él y entonces apeló á los nudillos, dando fuertes golpes en la puerta.

—¿Quién?—preguntaron desde dentro.—¡Vaya una manera de llamar!

—¿No viven aquí los señores de Pafioleta?—repuso Camilo.

—Aquí no hay ninguna Pafioleta.

—¿No es éste el cuarto segundo?

—¡Está Ud. enterado! Este es el tercero.

—¡Usted dispense.

Camilo bajó la escalera algo contrariado y fue á llamar en el segundo.

—¿Están los señores?

—¿Qué se le ofrece á Ud.?

—Soy paisano suyo y les traigo una visita.

—Pase Ud.—dijo la doméstica.

Camilo creyó ver una puerta frente á la de entrada y se dirigió hacia ella muy decidido.

—¿A dónde va Ud.?—gritó la chica tratando de detenerle.

Pero ya era tarde. Camilo se había dado de bruces contra el espejo de la bastonera, haciéndole pedazos con la nariz.

—Usted dispense, Ud. dispense—decía el pobre sin saber qué partido adoptar.

La criada, refunfuñando, le condujo al gabinete donde estaban los señores.

—Servidor de ustedes—dijo Camilo.

—Beso á Ud. la mano—contestó el amo de la casa.

—Soy el hijo de D. Crisóstomo, el de Covarrubias...

—Cuánto me alegro. Siéntese usted.

—Muchas gracias.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.

Y Camilo fue á sentarse sobre doña Genara, la señora de Pafioleta, que lanzó un grito espantoso.

—Usted dispense, usted dispense—murmuró el joven miope, y se dejó caer á plomo sobre una banqueta que servía de costurero á doña Genara.

—¡Ay!—gritó Camilo levantándose de un salto.

Se había clavado unas tijeras... donde no puede decirse.